

quina». Creo que tanto el famoso poeta como el ilustre pensador exageran. Ni lo uno ni lo otro. Cultura es, sencillamente, forma de vida. Y la vida cambia y evoluciona social, económicamente. Esta continuada transformación—activada hoy y proyectada hacia el futuro a un ritmo cada vez mayor—implica diferentes, nuevas formas de vida. Si hasta hace muy poco, o incluso hasta ahora mismo, el mundo de la cultura quedaba reducido a unas minorías selectas, desde hace poco, a partir de ahora, se extiende a zonas cada vez más amplias merced al progresivo desarrollo económico y social. Existe hoy y quedará todavía por cierto tiempo una clara separación entre esa cultura de *élite* y esa otra de masas. Se ha dicho que, instrumentalmente, distinguen a la primera la palabra y el libro, y a la segunda, los medios audiovisuales, pero aún las diferencian mucho más otras cuestiones de fondo y una extensa gama de matices. Todavía hoy, el mundo que lee es mucho más reducido que el mundo que ve y oye; y el número de los que piensan o crean es como un Lilibut al lado del inmenso Goliat de los pasivos e inertes. Como ha dicho Pellizzì, hoy «no es el trabajo el que ha conquistado la cultura, sino ésta la que va conquistando el trabajo; no hace mucho, la cultura era vista como *otium*; hoy encuentra al trabajo en su mismo centro y empieza a convertirse en un problema que ha de resolverse en el tiempo libre». Sin embargo, el nivel económico y el nivel cultural no se elevan simultáneamente. Es preciso buscar su acrecentamiento paralelo. Si, por una parte, nos rebelamos frente al peligro de que la cultura se haga un producto *standard* o se convierta en mezqui-

na, como temía Santayana, por otro hemos de procurar con todas nuestras fuerzas, con nuestros más nobles entusiasmos, con los mayores aciertos también, a que se logre un mínimo nivel cultural más elevado—y, sobre todo, mucho mejor distribuido—que alcance a todos y que, progresivamente, aspire a metas o exigencias más altas. Hace medio siglo—y en zonas más deprimidas aun ahora mismo—, un nivel óptimo de instrucción—podríamos entender de «cultura al uso»—era el saber leer y escribir—aunque no se empleasen—y las cuatro operaciones aritméticas fundamentales. Para la vida actual esto es ya anacrónico, por totalmente insuficiente, ya que el hombre de nuestros días—y mucho más el de un futuro inmediato—necesita trabajar mejor, producir más racionalmente, intervenir con eficacia y responsabilidad en todos los aspectos de la vida social. Participación que, además de un derecho, supone una ineludible obligación cívica. No ha de ser el hombre un elemento pasivo e inoperante. Ha de suponer un instrumento activo, capaz de ponerse en condiciones de crear, de pensar, de ser útil y grato a una sociedad que reclama libertad, responsabilidad, eficacia, buenas maneras y convivencia. Requiere un grado medio de cultura mucho más elevado. Exige una conciencia de su propia personalidad. Y como punto de partida, esa cultura media es un *desideratum* mínimo pero necesario, una especie de temperatura homogénea, de clima moral y espiritual indispensable para que la vida merezca tal nombre y sea a todos grata. Ahí radica, en suma, a nuestro modo de ver, la significación actual, la importancia social de la educación de adultos.

## Lecturas infantiles Reflexiones en torno al libro

M. E. ESPADA-BERMEJO  
y A. A. MARTINEZ MARTINEZ

A la lamentación de Paul Hazard, «¡Cuán lejos se halla el reino de la niñez!» (1), ha sucedido en todo el mundo la preocupación por los niños, cuya mejor expresión se encuentra en la declaración de los Derechos del Niño, hecha por la Unesco (2). En el terreno de las lecturas, el

viejo abandono y la despreocupación han sido sustituidos por la investigación y el estudio; España, si bien con algún retraso, dedica hoy gran parte de su esfuerzo cultural al niño.

Han caducado los viejos conceptos y modos de hacer, y buscando la ordenación positiva de las lecturas de los menores se tiende hoy a la especialización. No obstante, careciendo este intento de un planeamiento previo riguroso, económico y social, los problemas antiguos han sido desplazados y sustituidos por los nuevos. Ya no se hace cuestión de que el libro infantil no-escolar deba resultar un manual de buenas costumbres;

(1) PAUL HAZARD: *Los libros, los niños y los hombres*. Ed. Juventud. Barcelona, 1963.

(2) La *Declaración de los derechos del niño* consta de 10 principios programáticos; fué dada el 20 de noviembre de 1959 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, y en ella se enuncian los derechos y las libertades de que deben disfrutar los niños. Para su consulta: *El Correo de la Unesco*, noviembre 1960. UNESCO. París.

tampoco se pretende robar al niño su derecho al juego y al esparcimiento, y la moralización a ultranza ha desaparecido. Sin embargo, conseguida una expresión y unas formas literarias acordes con el menor, surge el problema de su escasa y difícil difusión masiva. Deriva ello de concepciones erróneas que sobre el libro y su función aún se mantienen como resultado de una economía de competencia, en forma que afecta al niño limitando sus posibilidades de acceso a la lectura.

En estas breves reflexiones dejaremos de lado el caso particular que la prensa infantil-juvenil presenta en nuestro país; tema que merece un estudio detallado, no podría sintetizarse aquí. Así limitaremos nuestra intención al caso concreto del libro, entendiendo que por el uso del término libro queremos señalar la amplitud que el tema tiene, no limitándose a las formas literarias de las lecturas para niños, sino abarcando, asimismo, libros de actividades manuales, vulgarización científica, juegos, viajes, cine, etc.

#### DETERMINANTES DE LA CULTURA

Con respecto a las necesidades de lectura que la formación total del niño exige, los psicólogos y educadores se encuentran de acuerdo; si acaso, este aspecto del problema radicaría en la falta de asentimiento familiar que es frecuente encontrar. Predomina en muchas familias un sentido utilitario de la educación. Es preciso, por ello, ocuparse de los tópicos y latiguillos que el público medio considera como realidad única. Poseemos excelentes estudios que nos dicen cómo se debe escribir y dibujar para los niños, cómo dirigirse a ellos a la hora de presentarles un libro; sin embargo, carecemos de información y documentación acerca de cómo es posible el lograr estos libros, cómo pueden «fabricarse».

Hemos escrito «fabricar» con plena conciencia de lo que implica, así como de su carácter peyorativo al referirlo a productos culturales. Los problemas de baja calidad técnica, de inadecuación a la psicología del pequeño lector, continúan planteándose, así como la mínima difusión, precios discutibles, etc. Estos y otros problemas, inherentes al libro en general, pero mucho más graves referidos al libro para menores, han de ser considerados bajo una perspectiva socioeconómica. De hecho no bastará en absoluto con nuestras mínimas reflexiones y será preciso volver sobre estos temas, procurando a cada intento clarificarlos más, en un intento de ceñirse a la realidad en sus condiciones objetivas.

Habremos de comenzar admitiendo que la cultura, en todas sus formas, se plantea hoy como un negocio. Entendiendo por cultura no ya los libros de texto, los manuales filosóficos o los tratados didácticos, sino también y más, todas aquellas manifestaciones y actividades que contribuyen a la formación del hombre como ser racio-

nal. Recordamos la definición que Adolfo Maillo hace, «culto es quien toda su vida encarna los valores en que cree» (3). Lo que el niño puede y debe asimilar como tales valores de vida es el amor al hombre, la cooperación para la construcción de un mundo mejor, la solidaridad y la fuerza y posibilidades que la razón le depara para enfrentar el error y el miedo. Pues bien, todo esto que el niño ha de poseer le llega por la lectura, por la convivencia social, por el ambiente familiar y escolar, por lo diario en resumen; y es lo diario, la vida de cada día, lo que en todas sus formas ha sido mercantilizado. El libro se entiende como un producto comercial, y esto, que es lógico en una economía abierta, repercute sobre la posibilidad de lectura del niño.

#### EL PRECIO, FACTOR DE CONSUMO

Dada la interrelación que entre todos los aspectos de la producción y distribución del libro existe, el prescindir de uno de ellos equivale a falsear el conjunto general del problema. A la ecuación escritor, dibujante, editor, impresor, distribuidor y librero, hay que añadir factores fundamentales, como niño y familia. Grimalt señala cómo «en realidad las cuestiones inciden, se enlazan y se entrecruzan hasta el extremo de que si bien consideramos cualquiera de ellas separadamente (...) tiene forzosamente su correlación en otras esferas. Y muy especialmente en un tema como este de los libros para niños, que no puede cuidarse si se abandona el ambiente familiar y el clima que los pequeños deben respirar en la escuela» (4). Tendremos, por ello, que tener en cuenta, al analizar aspectos parciales del tema propuesto, todas sus implicaciones y la forma en que unas partes repercuten sobre las otras, determinándolas. Porque la cultura es un negocio en nuestra sociedad; ocurre que aun teniendo una clara percepción de los caminos a seguir para lograr una literatura para los niños, no se ha logrado su eficacia real a través de la distribución a toda la población infantil.

Es frecuente el escuchar frases como: «el libro infantil es caro», «no se editan bastantes libros para los niños», o bien «para qué van a leer los niños», etc. Libreros, padres y educadores que no conocen los aspectos reales del problema, contribuyen con los editores a enrarecer el ambiente, quejándose cada uno de lo que, como más inmediato, les duele. Quedan así desbordadas las numerosas personas y empresas que se plantean honradamente el lograr una literatura y unos libros, de calidad y coste adecuados a las necesidades del niño. En este sentido es frecuente el encontrar que muchas librerías se quejan: el libro infantil es demasiado barato y por ello les deja poco margen comercial, y al tiempo: el libro

(3) ADOLFO MAILLO: Lección, «Aspectos educativos de la prensa infantil», en el *Curso de Prensa Infantil*. CIPIJ y Escuela Oficial de Periodismo, Madrid, 1964.

(4) MANUEL GRIMALT: *Los niños y sus libros*. Sayma. Barcelona, 1962.

infantil es caro y los padres no lo compran. Confusión sin duda motivada por un falseamiento de su función social y, particularmente, debida a dos posturas: de un lado, el poco precio de algunos libros infantiles, que editores responsables pretenden mantener, repercutiendo esto desfavorablemente sobre la economía de vendedor, y por otro lado, la frecuente posición familiar ante estos mismos libros, despreciándolos por su bajo costo y negándose también a adquirir el resto de los existentes, por considerarlos demasiado caros. Se enmaraña así el tema, hasta que progresivamente acaba por moderarse la cola: el libro infantil es caro porque no se vende y no se vende porque es caro. Se llega por estos caminos a una posición de desconfianza; el librero mantiene sus criterios y pide solamente los libros que mayor margen le procuran; los padres, divididos entre lo barato y lo caro, acaban por no comprar apenas nada.

Al paso de la equívoca consideración de los precios de los libros infantiles, ha salido recientemente Cendán Pazos (5). Tras manejar las fichas bibliográficas de 5.294 libros, atendiendo al precio, sienta las siguientes cifras:

Con un costo de hasta 24 pesetas hay	2.174 libros.
Con un costo de 25 a 49 pesetas hay	1.761 libros.
Con un costo de 50 a 74 pesetas hay	594 libros.
Con un costo de 75 a 99 pesetas hay	251 libros.
Con un costo de 100 a 124 pesetas hay	62 libros.
Con un costo de 125 a 149 pesetas hay	144 libros.
Con un costo de 150 a 174 pesetas hay	91 libros.
Con un costo de 175 a 199 pesetas hay	60 libros.
Con un costo de 200 a 224 pesetas hay	33 libros.
Con un costo de 225 a 249 pesetas hay	8 libros.
Con un costo superior a las 250 pesetas hay	73 libros.

Del análisis de estas cifras se deduce que un 40 por 100 de los libros infantiles alcanzan en España un precio inferior a las 24 pesetas. Un 73,81 por 100 de los mismos libros tienen un precio inferior a las 49 pesetas y tan sólo el 8,88 por 100 supera el precio de las 100 pesetas.

Si consideramos la condición de producto de calidad que el libro infantil alcanza frecuentemente, hay que señalar el que estos precios no son caros. Sobre todo referidos al índice general de los costos de vida y más aún teniendo en cuenta todas las presiones que sobre el libro inciden. Sin embargo, habrá también que considerar la diferencia existente entre lo «barato» y lo «asequible», ocurriendo con frecuencia que lo que resulta barato comparativamente, no es adquirible una vez sufragados los gastos generales que las necesidades vitales a cubrir implican.

Respecto al 40 por 100 de libros con costo inferior a las 24 pesetas tenemos que no todos son obras de calidad suficiente, arrojando este porcentaje un importante volumen de cuentecillos troquelados, recortables, folletos de poca mon-

ta, etc., propio de la «literatura callejera». Tanto en lo formal como en el contenido abunda el material «libro», que no merece este nombre, estando más cerca del cuaderno de historietas gráficas. Podemos admitir que se ha alcanzado un momento editorial en el que la equidad es norma. El editor procura entregar productos que se correspondan al precio marcado; así, raramente encontramos libros o folletos con un precio desproporcionado a su verdadero valor. Esto, que sin duda se debe a las necesidades competitivas del mercado actual, nos permite afirmar, tras un examen detallado de los catálogos, que entre los libros con un precio inferior a las 24 pesetas pocos alcanzan el grado que un pedagogo consideraría óptimo. El libro infantil no es caro, pero su calidad de contenido y presentación depende de su precio y solamente se alcanza cuando éste es considerado «productivo».

Así, el libro barato, aparte su calidad, encuentra las dificultades de vida que supone la negativa del librero. Lo cual, de otro lado, es lógico dadas las condiciones en que el librero trabaja. Pero añadamos un ejemplo más, que, si anecdótico, es también ilustrativo de la actual psicología respecto al libro infantil: La existencia de libreros, editores y consumidores, que consideran el libro como un objeto de regalo, separándolo así de su funcionalidad, gravando el problema con la pretensión y exigencia de libros de lujo. Esto, que no es sino un paso adelante en la mercantilización de la cultura, repercute desfavorablemente sobre el intento de conseguir libros de calidad y bajo coste, al enrarecer la consideración social del libro.

Nada más lejos de nuestro ánimo que el negar la necesidad del consumo. Prescindiendo de gustos o preferencias, en tanto que la realidad se configure en la forma actual es innegable la necesidad de una cadena producción-consumo. El niño tendrá que participar de todas las presiones del mercado. Sin embargo, creemos en la posibilidad de salvaguardar al menor de aquellas presiones irracionales y sin sentido que le pueden llevar a consumir lo que no necesita.

#### LA DIFUSIÓN DEL LIBRO INFANTIL

Ligada al consumo y condicionada por él se encuentra la difusión que el libro puede alcanzar, determinando a su vez esta difusión por el posible abaratamiento de los costes, cuando es masiva, al consumo que del libro se haga.

Generalmente, el libro infantil alcanza tiradas más altas que el de adultos. Frente a los tres mil ejemplares de tirada que éste suele alcanzar, los libros para niños y jóvenes pasan de los cinco mil ejemplares, llegándose a los diez mil con frecuencia (caso aparte lo constituyen los libros «troquelados», los cuales pueden alcanzar tiradas de cincuenta mil volúmenes). Sin embargo, pese a su mayor tirada, el libro infantil tarda en venderse. Es caso-tipo el de *El ju-*

(5) CENDÁN PAZOS: «¿Quién dice que el libro infantil y juvenil es caro?», en *El Libro Español* núm. 96. INLE. Madrid, diciembre 1965.

glar del Cid, obra premiada con el premio «Lazarillo» 1961 y con mención en el cuadro de honor del Premio Internacional Andersen 1962, y que, sin embargo, ha tardado más de tres años en vender una primera edición de cinco mil ejemplares.

Ante esto habrá que preguntarse: ¿Cubre el libro las apetencias del niño actual? Si así es, ¿es el propio niño quien compra el libro, de acuerdo con su propio criterio?, o bien, ¿el libro le llega como un regalo desde el mundo adulto, con todas las imposiciones inherentes al hecho? ¿Es bastante con que el libro infantil alcance tiradas de diez mil ejemplares, o, por el contrario, su distribución ha de ser masiva y popular?

Aun existiendo una cierta cantidad de libros asequibles al niño, con una calidad media aceptable, con lo que el niño puede ser comprador directo de sus libros como lo es de su prensa, suponiendo: elección libre de acuerdo con criterios selectivos personales, posesión de una suma de dinero que evite las presiones, captación directa del niño por la obra a comprar, etc., tenemos que preguntarnos todavía: ¿es esto bastante? La función del libro es distinta a la de la prensa; no tiene, por ello, que alcanzar la misma frecuencia o forma de distribución; sin embargo, a menos que volvamos al libro un producto de *qualité*, habremos de plantearnos en qué puntos si es posible el conseguir una distribución masiva del libro. Si no nos esforzamos en conseguir libros de calidad, a precio asequible, difundidos a todos los niveles de nuestro país, con una adaptación a esquemas culturales varios, poco habremos logrado. En la hora actual, lo que cuenta como influencia educativa y formadora no es el efecto aislado que un hecho o una cosa producen, sino la influencia lograda por una serie de hechos que actúan en forma de conseguir una habituación psicológica. Esta habituación podrá ser positiva y servirá para conseguir un elemento formativo frente a las malas lecturas, al lograr el libro su difusión total.

Esta difusión es la misma que permitirá vencer todos los tópicos, los cuales nacen en gran parte en el ámbito familiar debidos a una equivocada política cultural, en forma capaz de invalidar a la larga lo adquirido en las aulas. Los problemas: precio, tirada, difusión, vienen en gran medida dados por la consideración en que en España se tiene al libro. Es aún demasiado frecuente el caso de los padres que desestiman el tiempo dedicado a la lectura, regañando al niño o castigándolo con la prohibición de leer en casa; ello, en parte, se ha debido a la baja calidad de contenido y presentación que numerosas publicaciones presentaban en el pasado; pero es en las condiciones sociales y económicas que se dan respecto al niño donde podemos encontrar buena parte del origen de esta postura. En numerosos hogares se da un desprecio sistemático hacia las manifestaciones culturales no susceptibles de convertirse en fuente inmediata de ingresos económicos; esto se manifiesta a través de la bi-

blioteca familiar, que estadísticas y estudios nos revelan prácticamente inexistente (6). Dado que, conforme señalaba Montserrat del Amo (7), el niño necesita un impulso inicial que le conduzca hacia los libros, hemos de considerar la doble responsabilidad de los padres que no sólo no facilitan las lecturas de sus hijos, sino que aún más, les apartan de ellas. Se envenena así el problema de la escasa difusión y la menor adquisibilidad de los libros; por ello todo intento de extensión y promoción cultural ha de ir acompañado de nuevos esquemas mentales. Aquí la gran parte que corresponde al Estado, que debe, sobre la labor ya realizada por los ministerios competentes en el tema, colaborar a la irradiación social de promoción de la lectura, no ya en forma comercial, si bien la comercialidad acompañará a la difusión, sino asentando bases culturales firmes.

Llegamos así a la consideración de la lectura en la vida actual. Plenamente demostrada su necesidad y conveniencia pedagógica, la lectura de libros recreativos supone un valioso elemento formativo de la inteligencia del niño. Lentamente se superan prejuicios y el libro se incorpora a la vida del menor, constituyendo para él uno de sus más fieles y seguros compañeros. Al texto se ha unido la imagen, en forma complementadora, por más que muchos críticos se esfuerzen en plantear esta convivencia como una pugna, enfrentando palabra e imagen, sin querer admitir que ambas no son sino distintas formas de expresar una misma realidad.

En este sentido, buscando la promoción de las lecturas, podemos sintetizar como elementos a adquirir por el libro: el bajo precio, la manejabilidad, la frecuencia y, sobre todo, la difusión, que se deberá, proporcionalmente, al cumplimiento de los anteriores factores. Igualmente, el libro deberá interesar al niño, y si bien no hay inconveniente que oponer a la edición especializada, tendente a cultivar ramas minoritarias, hay que señalar que el libro sólo tendrá eficacia social, y por ello cultural, cuando se dirija a la población infantil total, adaptándose a los diferentes niveles, en forma de elevarlos parejamente.

Partiendo de la apreciación de esta población infantil, establecida en unos siete millones de niños en edad lectora, hay que estimar cómo la mayor parte es de población rural, al igual que predominan los menores faltos de estudios secundarios superiores. Se da así una correlación entre el contenido del libro y el interés que despierta, siendo precisos enfoques culturales

(6) A este respecto, la encuesta realizada hace seis años en Barcelona por los Amigos de la Cultura y el Libro conjuntamente con el INLE, y que, preparada por Marta Mata y José María Espinás, dió resultados como: a través de 16.000 respuestas, se encontró que sólo en un 2 por 100 de los casos los niños contaban con una biblioteca familiar, un 5 por 100 de los niños consultados no habían sido nunca obsequiados con el regalo de un libro, etc.

(7) MONTSERRAT DEL AMO: «La lectura de los niños, tarea de los padres», en *Literatura Infantil y Juvenil en España*. INLE. Madrid, 1958.

asequibles a todos los niños, en tanto se elevan los niveles educacionales. Señalaba el P. Vázquez: «el gran drama del libro infantil español es que actualmente es un instrumento muy caro para el poder adquisitivo de muchas familias españolas. La causa de que no lean los niños también puede achacarse a una deficiente e incompleta formación de los padres. Una solución pudiera ser una adecuada política de bibliotecas, estimulada por los organismos oficiales; pero este problema no se puede resolver solamente con una orden ministerial. Hace falta la colaboración de todos» (8). Los múltiples intereses han de subordinarse a una coordinación de esfuerzos en la que nadie resulte perjudicado. De nada servirán todas las investigaciones si no logramos que el libro sea asequible a la familia; pero no lo será en tanto que desde la escuela, desde las cátedras que forman la opinión pública, no llevemos a la convicción popular la importancia del libro, la revista y su lectura.

En tanto que esto se logra son precisas las soluciones prácticas. Su base radica en que al niño se le familiarice con el libro en la escuela, se le enseñe a utilizar la biblioteca y se pongan muchas a su servicio. Ello reclama la creación de bibliotecas y también de hemerotecas infantiles y juveniles. No sólo públicas (9), sino también y aún más colegiales y familiares (10). Nuestros estudios nos han llevado a la convicción del escaso número de bibliotecas especializadas para los menores existentes en España; es aquí donde hay que dar los primeros pasos, con la exigencia

(8) P. VÁZQUEZ, O. P.: «Rueda de Prensa en TVE», recogido en *Ya*, Madrid, 13 de octubre de 1965.

(9) Entre las bibliotecas públicas especialmente dedicadas a los niños, tenemos interés en destacar, por su carácter modélico, la Biblioteca Infantil del Parque de la Ciudadela, de Barcelona, dirigida por Aurora Díaz Plaja.

(10) Entre las bibliotecas escolares que conocemos, la mejor es, sin duda, la Biblioteca de la Antigua Escuela del Mar, de Barcelona. En ella, el niño, integrado activamente, conoce y siente como suyo el libro, participa en todas las actividades bibliotecarias y hace de la lectura un gozo.

que la realidad implica en el sentido de lograr la colaboración del niño, su interés espontáneo—pero motivado—hacia el libro, su participación en la cultura a través de la lectura. Posteriormente, sobre la labor escolar será precisa la colaboración familiar, mas, en principio, es la escuela quien ha de dar el primer paso. Se cuenta ya con iniciativas felices: bibliotecas colegiales, de clase o curso, charlas a padres y niños (11), iniciación lectora con una posterior labor bibliográfica por parte de los propios niños, etcétera. Se dedica en estos colegios un tiempo fijo a la lectura libre pero orientada.

Esta labor de las bibliotecas de clase, colegio, familiares e incluso públicas, debe venir complementada por la orientación que sobre el libro infantil y juvenil proporcionan numerosos organismos e instituciones (12), en orden a una eficaz difusión del libro positivo. Añadamos a ello planes óptimos, que, como el señalado por Carmen Bravo Villasante (13), tienden a lograr la creación de un centro bibliotecario de ámbito nacional dedicado a los niños y a los jóvenes. Así, esta autora escribe: «Falta un centro bibliotecario de irradiación semejante a la Biblioteca Internacional de la Juventud de Munich...» Solución primera al problema de la promoción de la lectura infantil a la que desde aquí nos adherimos (14).

(11) Entre los colegios que conocemos que actualmente están promocionando la lectura, en un intento de asimilación por el niño y con una proyección pedagógica total, destacamos el Colegio «Aula Nueva», de Madrid, en el cual han comenzado a dar charlas a los padres; les facilitan selecciones de libros y revistas y procuran la incorporación del niño a la lectura voluntaria mediante diapositivas, concursos, periódicos murales, etc.

(12) Los principales organismos son: Comisión de Información y Publicaciones Infantiles y Juveniles, Extensión Cultural, Sección Española del IBBY, Sección de Prensa y Literatura Infantil de la Comisión Católica Española de la Infancia, Gabinete de Lecturas «Santa Teresa de Jesús», INLE, etc.

(13) CARMEN BRAVO VILLASANTE: «Literatura infantil y juvenil en España», en *El Libro Español* núm. 96. INLE. Madrid, diciembre 1965.